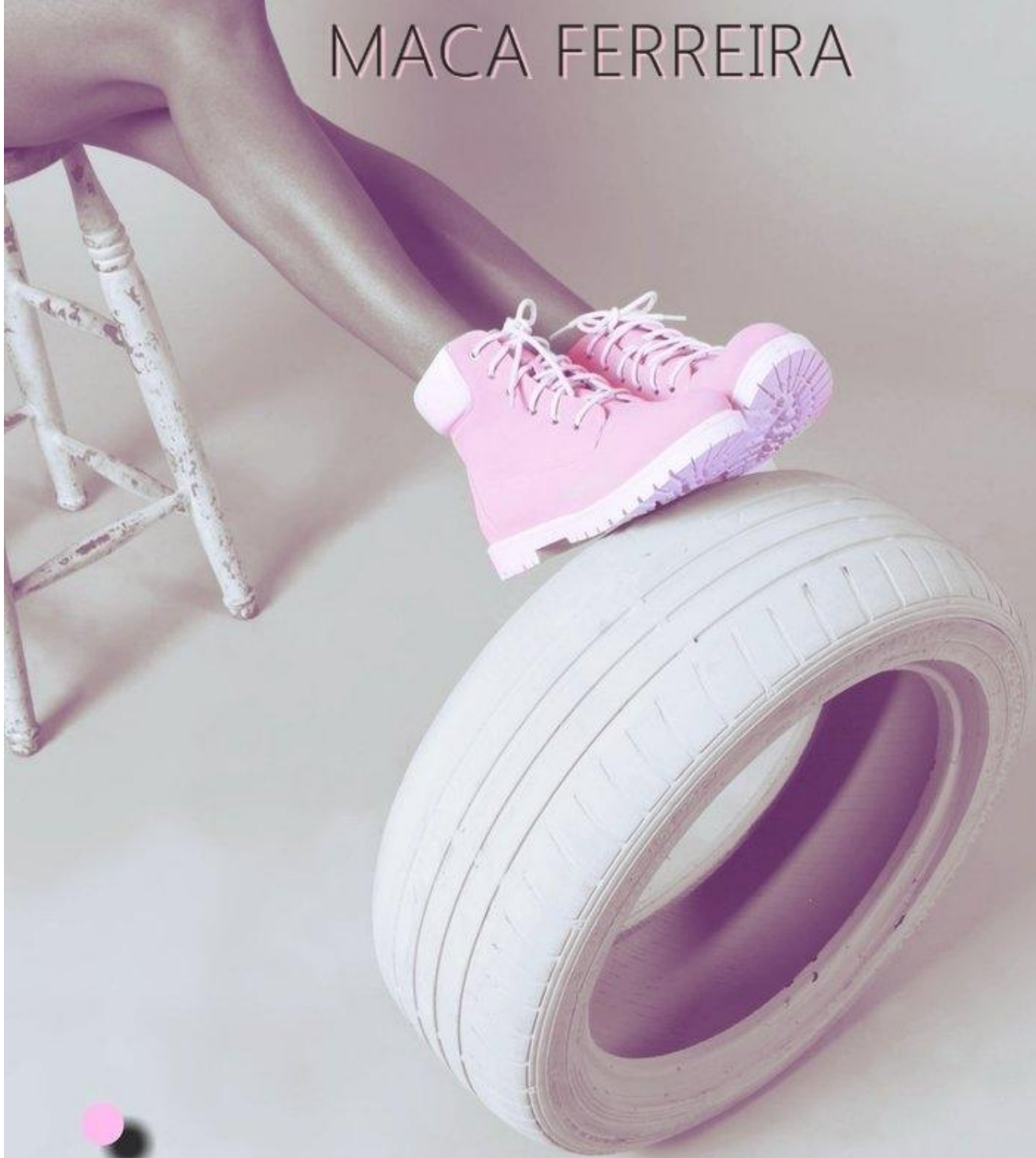


MACA FERREIRA



¿HACIA  
DÓNDE  
VAMOS?

Relato

*¿Hacia dónde vamos?*

MACARENA FERREIRA



**Copyright © Maca Ferreira (Mara Macbel)**

Obra Registrada sin ánimo de lucro.

Safe Creative: 1509285252696

Edición actual: Marzo 2018

Primera edición: (Participación en antología Rett) Agosto 2016

Diseño interior y portada: Macarena Ferreira

Los personajes y acontecimientos reflejados en este relato son ficticios, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. Las marcas y lugares mencionados pertenecen a sus respectivos dueños, nombrados sin ánimo de infringir ningún derecho sobre su propiedad.

Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización por escrito del propietario y titular del Copyright.

Este relato es de difusión gratuita cedido por la autora para sus lectores.

**A**unque lo había intentado, no lo lograba. Era algo superior a mí, pues no podía dejar de observar sus manos fuertes, jóvenes pero ya tan varoniles. Unas manos que no habían sido curtidas en ningún trabajo duro o actividad que las estropease, pues estaban tersas, cuidadas y fibrosas.

Por su aspecto general deduje que nunca le había hecho falta ensuciarlas, aunque a mí me hubiese encantado que las embadurnase sobre mí misma y se colasen por todos los recovecos de mi cuerpo. El vello oscuro de sus brazos se dejaba entrever por la camisa, que se empuñaba desesperada a su antebrazo mientras él, decididamente, agarraba aquel trozo de cuero.

Concentrado.

Atrevido.

Gabriel...

Un escalofrío recorrió mi columna vertebral erizándome la piel y haciendo que tuviera que contener un gemido por el giro que estaban tomando mis pensamientos. Debía permanecer serena. Mi posición y mi papel así lo requerían y no podía demostrar debilidad ante él.

Me tuve que obligar a no perder detalle de lo que ocurría. Tenía que estar igual o más concentrada que él, con todo lo que iba pasando a mí alrededor, pues toda la seguridad recaía sobre mí. Mis ojos se perdieron entonces en un movimiento a mi izquierda. Su mano derecha se había movido, situándose a escasos centímetros de mi rodilla. Giré levemente mi cabeza sin querer demostrar qué era lo que me tenía tan absorta.

Ahí estaba. Robusta y delicada, fuerte y tierna... Ahí continuaba y en mi mente la imaginaba recorriendo lentamente toda la extensión de mi piel, desde el comienzo del muslo, muy poco a poco, adentrándose entre la tela de mi falda que se iba deslizando hacia arriba junto con su mano, hasta acabar enrollada en mis caderas mientras él se recreaba en seguir la línea de mi ropa interior, adentrando quizás un dedo, o puede que dos, en los confines de la tela, para descubrir mi más que húmedo y palpitante centro, que clamaba por sus atenciones.

Mi respiración se había acelerado y di gracias a la divina providencia por haberme hecho poner la música antes de comenzar, pudiendo así explayarme un poco más en mis reacciones.

¿Se daría cuenta él de algo? ¿Estaría al tanto de las sensaciones que provocaba en mí? ¿Sería tan bueno en la realidad como lo era en mis sueños húmedos desde hacía veinte días?

Demasiadas preguntas con una única respuesta.

No podía ser.

No era lo adecuado, como tampoco era lo correcto.

Yo tenía que ser la que me parase los pies a mí misma. Solo era un muchacho de, ¿cuántos? ¿Veinte? ¿Veintidós tal vez? No. Ni hablar. No estaba dispuesta a cumplir ni una de las fantasías que mi atormentada y necesitada mente me ponía por delante con un chico que, probablemente, tenía la misma edad que mi sobrina. No iba a caer ante la tentación que me suponían sus ojos traviosos o sus labios llenos y carnosos, incluso esa cara casi imberbe que en unos años sería la locura de más de una mujer y puede que incluso hombres.

Su voz llegó hasta mis oídos, sacándome de mis pensamientos de manera abrupta.

—¿Voy bien?

«Perfecto. Pero aún habrías ido mejor si te hubieses desnudado y me hubieses recorrido con la lengua en sentido ascendente y luego de regreso».

Lo miré y asentí, con una cara indiferente más que ensayada ante el espejo.

—Ajá.

No podía ser.

No era lo adecuado.

No era lo correcto.

Tenía que grabarme esas palabras a fuego en mi mente. No dejaría que mi interior se propasase con la sensación que su proximidad me provocaba. Tenía que controlarme o acabaría lamentando haber cometido una locura. Pero...

¡Esas puñeteras y perfectas manos no me lo ponían nada fácil!

Seguía jugando con ellas, moviéndolas frente a su cuerpo que parecía esculpido por el propio Dios Apolo, trazando las líneas de su contorno con la luz del sol.

Oh, Señor... ¿Ese pensamiento había salido realmente de mi cabeza?

Me recompuse en mi posición y aproveché para cerrar los muslos más de lo habitual, contrayendo las paredes de mi vagina a la vez que me movía. Con ello provoqué un pequeño espasmo de placer que por un momento me hizo cerrar los ojos afectada. Estuve tentada a continuar, cada célula de mi ser necesitaba ser liberada.

Todo iba mal. Mi cuerpo se revelaba contra mi cabeza y no estaba dispuesto a seguir las órdenes que le mandaba. No era tan difícil. Enfriar la caldera que parecía tener en la unión de los muslos y continuar hasta que el tiempo acabase, hasta que pudiera respirar tranquila aunque insatisfecha por unas horas, las justas para volver a aleccionarme a mí misma ante un nuevo ataque de desesperación. Eso era, ¡lo tenía! Únicamente necesitaba tiempo y perspectiva porque, de seguir así, generaría un momento peligroso para nosotros e incluso puede que para más gente y...

No podía ser.

No era lo adecuado.

No era lo correcto.

—¡Vaya, Nora! Dichosos los ojos que te ven, ricura.

—Hola, Alexis, ¿qué tal? —pregunté por cortesía, pues no me apetecía nada tener que entablar conversación con el cliente más pesado de todo el pub. No me quedaba más remedio. Mi trabajo tras la barra exigía tener siempre una sonrisa y, a veces, ser más que una simple camarera. Algo más parecido a una aguanta gilipollas y psicóloga a tiempo parcial—. ¿Te pongo algo?

—Sí, lo de siempre. —Me guiñó un ojo—. ¿O acaso ya no te acuerdas de lo que bebo? ¿Dónde te habías metido todo este tiempo? El bar no ha sido el mismo sin ti...

Me volví, dándole la espalda y conteniendo las ganas de vomitarle encima.

«Señor, dame paciencia, porque como me des fuerza le lanzo la máquina de hacer hielos al centro de la frente».

—Tuve unos asuntos que atender, pero ya estoy de vuelta. —Le sonreí mientras terminaba de preparar su copa—. Aquí tienes, lo de siempre. —Decidida a no pasar más tiempo soportándolo, cogí el trapo y me dirigí hacia la salida de la barra con la excusa de limpiar las pocas mesas que había en el local.

Sabía que en unas horas tenía que presentarme en mi otro puesto, el mismo que había hecho que pidiese unas vacaciones casi forzadas en el bar, esperando que fuesen indefinidas y no tuviese que compaginar un trabajo de día con uno de noche, en el que claramente las horas de cierre casi se solapaban con las de entrada a mi nuevo empleo. Pero no había podido ser. Las deudas que mi antigua pareja había contraído y que habían salido a la luz cuando se esfumó, se habían agarrado a mí como unas aborrecibles garrapatas y tenía que hacer frente a más gastos de los que podía asumir con un solo sueldo. No había sido una buena idea avalarle en la compra del coche... ni de la moto acuática... ni del equipo de submarinismo... No. Definitivamente no había sido buena idea ser la imbécil que acabaría pagando todas sus trampas mientras él estaba en paradero desconocido. ¡Maldita la hora en la que caí rendida a sus pies!

—Hola... Perdona, ¿podrías...?

La pregunta se quedó en el aire cuando me giré, aún encorvada, con la misma posición en la que había estado limpiando una mesa que se había quedado libre y vi quién la había realizado.

No. No podía ser cierto lo que estaba viendo.

Gabriel.

¿Había locales de copas en la ciudad, que tenía que venir a este?

Pestañeeé, me erguí en mi posición llevando el apestoso trapo a mi costado y sonreí, a él y a las otras tres personas con las que había entrado.

Ante todo era una profesional, aunque a veces no lo hubiese demostrado mucho.

—Hola, chicos. ¿Necesitáis algo? —pregunté servicial y sin perder la sonrisa.

Él me miró y por un momento vi que las dudas pasaban por delante de sus ojos. Al fin reaccionó y volvió a bajar de donde parecía haberse subido.

—Solo si pudieras... —Señaló la mesa—. Ya sabes, acabamos de llegar y nos gustaría poder apoyar nuestras cosas sin quedarnos pegados.

Sonrió.

Yo también lo hice, pero no se reflejó en mi cara, sino en mis otros labios.

—Claro, ahora mismo. —Limpié la pequeña superficie negra de la mesita y con las mismas me dispuse a irme, no sin antes explicarles algo—. Si queréis tomar algo, os atiendo en la barra. ¡Qué os divirtáis, chicos!

Me giré sobre mis botas de tacón y al llegar a la barra estuve tentada a cerrarle la boca al pesado de Alexis con el trapo ennegrecido que había depositado en el fregadero. Pero parecía que mi mirada le hizo captar el mensaje y la diferencia entre ambos, puesto que yo estaba trabajando mientras él estaba de copas.

—Hola de nuevo, Nora.

Su escueto saludo llegó hasta la piel de la nuca.

Terminé de marcar la consumición de la pareja del fondo de la barra y me acerqué hasta él.

—Hola, Gabriel. ¿Qué te pongo? Hoy tenemos los combinados en dos por uno y el combo especial de la casa a mitad de precio. —«O puede que te apetezca más beberme a mí, en el almacén, toda la noche»—. Siempre que seáis todos mayores de edad, claro.

—Yo ya sabes que sí... —Se rió—. Sí, todos somos mayores de edad.

Carraspeé por lo absurdo de mi pregunta y levanté ambas cejas, interrogante.

—Dos birras, un combo y una Coca-Cola, por favor.

Comencé a llenar la copa con el hielo, a preparar el borde con el sirope y todos los demás pasos para la bebida más elaborada de la carta, pero él volvió a hablar.

—No sabía que trabajaras aquí, ¿cómo lo haces?

—Pues muy sencillo. Me visto, me coloco unos tacones y un buen escote, me desplazo con mi coche y me paso más de seis horas atendiendo a los clientes. —Sí, había sido un poco borde—. Pero imagino que no te refieres a eso. —Suspiré y, una vez terminada la copa, preparé las otras tres bebidas mientras él no me quitaba ojo—. Duermo pequeñas siestas durante el día, cuando puedo, y un par de horas cuando salgo del bar. Es cuestión de acostumbrarse —le quité importancia.

—Pero la tensión que tienes que soportar conmigo y los otros... No sé, yo no sería capaz. Ya ves, acabo de terminar la carrera y no me veo capacitado ni para encontrar trabajo.

¡Te contrato de chico para todo a mi cargo!

—Bueno, es normal que al principio te dé un poco de miedo, pero tranquilo, ya verás que todo saldrá rodado.

El se rió, me pagó las copas y se fue a su mesa con los demás después de despedirse y repetirme que le había gustado encontrarme.

El resto de la noche pasó lenta y no veía el momento de llegar a casa y acostarme, aunque solo de pensar en lo que me esperaba dentro de unas horas y a quién volvería a ver...

—¡Buenos días!

Giré mi cara desde mi asiento y lo vi, fresco como una lechuga y con un aspecto estupendo. Como si la noche anterior yo no hubiese cerrado el bar a la vez que él y sus amigos se marchaban a otro sitio.

¿Cómo era posible? La edad. Estaba segura de que era eso...

—¿Has cambiado la hora? —pregunté extrañada al verle allí tan temprano.

—No. Ha faltado Sergio y voy a ocupar su lugar —aclaró ante mi cara de desconcierto—. Luego volveré a mi hora. Hoy tendremos doble sesión, espero que no te importe.

¡Magnífico! ¡Estupendo! ¡Maravilloso!

Mierda...

—No, claro. Empecemos...

Qué diferente puede ser una misma actividad cuando se lleva a cabo con una u otra persona. Qué tortura y delicia a la vez.

—Me gustó verte anoche. Estabas... diferente. No sé, parecías más... —El que parecía no encontrar las palabras era él.

—Tenía una pinta más normal, admítelo. —Me reí por la cara que puso y él terminó contagiándose—. Bueno, no está mal que conozcas mi verdadera cara, esto es solo una fachada seria y autoimpuesta. —Le guiñé el ojo aunque él no pudo verme. Estaba atento a lo que tenía entre manos, cosa que debería estar haciendo yo, pero claramente no me estaba ganando el sueldo esa mañana.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

¿Podía hacerme una pregunta? Esperaba que no fuese nada comprometido, porque tenía que tener clara cuál era mi posición.

—Sí, adelante, para eso estoy.

—Es algo personal... ¿Cuántos años tienes, Nora?

Sí. Era demasiado personal, pero nunca me había importado decir mi edad y podía servir para que le repugnase yo a él y se me pasara la tontería.

—Treinta y nueve. —Listo. Ya lo había dicho.

Él asintió con la cabeza y continuó con su tarea, pero su silencio duró poco.

—Y, ¿aparte del pub y de esto, tienes más trabajos?

—No. No me queda tiempo para nada más. Te has levantado hoy con muchas dudas, ¿no?

—Bueno, nunca hemos mantenido ninguna conversación durante mis lecciones. Tú siempre estás tan ensimismada en lo que debes hacer, que no quiero interrumpir tu concentración.

Si él hubiese sabido lo que rondaba mi mente...

—Buen chico. —Ahora me tocaba a mí—. ¿Y tú? ¿Cuántos años tienes?

—Veinticuatro. Ayer fue mi cumpleaños, de hecho —declaró orgulloso.

—Vaya, ¡felicidades, Gabriel!

Él giró la cara un momento y me dedicó un guiño, acompañándolo con una sonrisa de medio lado que me hizo colapsar todas las arterias y detener el flujo sanguíneo de mis venas.

¡Puñetero niño que tenía el don de apoderarse de mi cordura!

—Gracias, aunque ayer no me invitaste a ninguna copa.

¡Aprovechado!

—¿No lo sabía! —me excusé—. Otro día que vayas te invito como regalo atrasado.

—Se me ocurre una idea mejor —su voz sonó algo más grave y se me contrajo la parte baja del vientre—. ¿Puedo pedir lo que quiera?

Me concentré en su cara y vi como su gesto se había convertido en una sonrisa contenida. ¿Qué estaba pensando? Si era algo que me costase dinero, directamente, ya podía ir buscándose a otra porque yo ya había escarmentado.

De nuevo sus manos me hicieron quedarme embobada, observando su pericia y cómo las manejaba. Debía de tener algún tipo de obsesión con las manos masculinas, aunque nunca antes me había fijado en otras que no fueran las de Gabriel.



Gabriel...

No había duda. Era un ángel. El ángel Gabriel que venía a llevarse a Nora a su paraíso en la tierra.

Já.

Más quisiera yo... Y ya era hora de ir volviendo de mis mundos mentales.

De pronto detuvo todo movimiento y caí en la cuenta de que me había quedado demasiado tiempo suspendida en sus gestos y mis pensamientos.

... Pero, ¿¡qué demonios...?!

Cuando giré mi cara para mirarlo y exigirle una respuesta, él se acercó a mí y dejó sus perfectos, mullidos, esponjosos, mojados y carnosos labios a una distancia realmente corta de mi boca.

La tentación era demasiado grande y me relamí, deseosa de probarlo.

—¿Puedo pedir lo que quiera?

Qué bien se movían esos trozos sonrosados de piel de sus labios. Casaba uno con otro a la perfección y los dientes asomaban al moverse, al modular las palabras que salían de su boca y llegaban hasta mí en forma de un exquisito aliento fresco y embriagador que me tenía embaucada.

Los segundos pasaron en silencio y supe que tenía que responder algo sobre, ¿algo? Eh..., ¿qué había dicho? Había seguido hablando durante todo este tiempo, pero... joder, iba a quedar como una gilipollas integral porque no me había enterado de nada.

—Sí, supongo que sí... —contesté sin saber con qué demonios estaba de acuerdo, pero necesitaba que volviese a hablar para seguir admirando el movimiento de su boca hecha para mi placer, aunque fuese en mi propia y solitaria mente.

—Sabía que nos entenderíamos.

Su mano se dirigió a mi pierna. ¡Su mano! Y yo la observé contrariada. Me había quedado dormida y este era otro de mis sueños con Gabriel. Ahora lo tenía claro, así que alcé mi cabeza de nuevo y lo miré encendida, teniendo la certeza de que podía comportarme como me diese la gana, pues todo acabaría al sonar la alarma de mi móvil, como muchas otras noches.

Estaba tan agotada que ya no distinguía bien la realidad de la ficción.

—Uhhh...

Un gemido escapó de mi boca cuando me echó el cuello hacia atrás con su mano en mi nuca y comenzó a lamer desde la base de mi garganta hasta el lóbulo de mi oreja, dejando un reguero húmedo tras su paso y mi piel incendiada, pidiendo más.

Mis manos no se quedaron quietas y palparon todo lo que quisieron y más. Estaba firme y prieto. Tenía el culo más duro que había tocado en mi vida, y sus muslos eran fuertes.

Me aferré a sus antebrazos, esos que tantas horas de atracción me provocaban, y me dejé llevar por las delicias de un cuerpo joven dispuesto a darme placer, aunque fuese durante mi sueño. De otro modo no podría ser, pues estaba devorándome los pezones y lo estaba sintiendo directamente en mi clítoris, cuando, en la vida real, no tengo sensibilidad en ellos.

Me relajé al saber que todo se quedaría en mi mente, para mi recreo en los días posteriores. Me encantaba tener sueños calientes. Me convertía en la loba que nunca había sido, engullendo, chupando, lamiendo y disfrutando como nunca lo haría. No conseguía dejarme llevar. No sabía desinhibirme. Jamás había podido disfrutar plenamente con mis parejas sexuales.

Pero aquí sí.

En sueños sí podía recrearme y, de hecho, lo hacía. Muchas, muchísimas noches soñaba que tenía encuentros con hombres. Concretamente, desde hacía casi un mes, el hombre era siempre el mismo, aunque más bien era un muchacho joven de piel aceitunada, manos esculpidas y sonrisa encantadora. Gabriel.

Me dejé llevar y él colmó todos mis deseos. Me hizo chillar de placer no una, sino tres veces, haciendo que culminase en su boca dos de ellas y una más mientras me penetraba fuerte y sin descanso, dedicándome palabras soeces, morbosas y calientes. Haciendo que me dejase llevar por todo lo que me decía, por su voz en mi oído, por su lengua en mi piel, por sus manos en todo mi cuerpo.

En una circunstancia normal no habría hecho lo que hice, pero no estaba ocurriendo en realidad, por lo que cuando la sacó de mi interior, me dediqué a limpiar minuciosamente su

miembro semierecto con mi boca, prodigándole atenciones durante el tiempo suficiente para que volviera a engrosar en toda su longitud y anchura, y así poder cabalgarlo.

Notaba mis pechos rebotar en cada subida y bajada. Podía sentir sus manos en mis caderas, incitándome a ir más rápido. Llegaba hasta mí el sonido de su garganta cuando entraba hasta el fondo, chocando contra la pared del final de mi vagina.

Era todo tan vívido, tan real, tan impresionante...

—Así, Nora... Sigue... —me animaba—. Fóllame, nena.

Tan vívido...

No podía ser.

Tan real...

No era lo adecuado.

Tan impresionante...

No era lo correcto.

—Nora... nena, me voy... —avisó de que su orgasmo era inminente—. Quiero correrme encima de ti... —La vena de su cuello estaba hinchada, como su pene en mi interior.

No lo dudé.

Tras dos embestidas más me elevé, dejándola salir de mi cuerpo y poniéndome de rodillas delante de su posición.

Noté su semen viajar por todo mi torso, desde mis pechos hasta mi pubis, cayendo y recorriéndome, marcándome. Mis ojos no habían abandonado los suyos, que ahora permanecían atentos al cuadro que parecía estar dibujando en mi estómago con su erección menguante.

Sonreía.

Y a mí me pareció el mejor momento que había soñado en toda mi vida, porque sabía que esa sonrisa la había provocado yo, aunque fuese en mi imaginación.

Esperé.

Creí que el final llegaría, pero parecía estar equivocada, porque no era como había imaginado. Un pellizco en mi pezón me hizo contraerme, sintiendo un dolor real que me atravesó entera. No por el pellizco en sí, sino por asimilar la realidad.

Realidad.

Real.

¿Y el sueño...?

Joder.

—Ha sido estupendo, Nora. —Se subió los pantalones en su asiento, abrochando el cinturón, mientras yo continuaba estática en mi lugar, de rodillas y con su semen aún por todo mi cuerpo—. Sabía que detrás de tu fachada se escondía una mujer experimentada y desinhibida. ¿Podemos volver a vernos? Ufff, qué bien me he quedado...

Lo miré, pero observándole como lo que era en realidad: mi alumno. Un chico al que le sacaba quince años de diferencia. Un muchacho que acababa de terminar sus estudios y se había topado con una perversa que había sido más zorra con él que con todos los hombres con los que había estado.

No podía estar pasándome esto.

—Gabriel...

Pronuncié su nombre, sin saber cómo reaccionar.

—Dime. —Miró en mi dirección después de terminar de componer su ropa y se acercó a mí—. ¿Te encuentras bien? —se preocupó.

¿Cómo iba a encontrarme bien?! Acababa de practicar sexo con un alumno. Dios... Me iban a echar.

—No sé qué ha ocurrido —contesté aturdida—. Esto no... No está bien.

—Uhm, ¿quieres que te refresque la memoria? Podemos volver a empezar, yo por mí encantado —se ofreció pícaro.

—No está bien —repetí.

—No. No ha estado bien —ratificó mis palabras y entonces le observé, saliendo de mi distracción—. Ha estado mejor que bien, de hecho, me encantaría volver a repetirlo en muchas más ocasiones, sitios y lugares. Este no ha sido el más cómodo que podríamos haber elegido.

Miré a mi alrededor.

No, ciertamente no había sido muy conveniente, aunque el lugar al menos estaba resguardado de miradas indiscretas, pero... ¡¡Era mi herramienta de trabajo!!

Me vestí en silencio, limpiando antes su recuerdo de mi cuerpo con una toallita que llevaba en el bolso y que ya estaba algo seca. Terminé y me senté, girando mi cara hacia él a los pocos segundos.

¿Qué haría ahora?

¿Cómo iba a llevar la situación?

—Bien, profesora. ¿Hacia dónde vamos?

Su sonrisa traspasó el espacio que nos separaba en el vehículo, que aún tenía los cristales empañados. Le devolví el gesto y negué con la cabeza sin dejar de sonreír, sin llegar a creer que, realmente, todo esto había sucedido.

¿Y qué si había ocurrido?

La vida se componía de esos momentos, ¿no? Situaciones diferentes que hacen que todo valga la pena...

No, no me arrepentiría nunca.

—Ya lo sabes. Mientras que yo no te indique lo contrario, sigue de frente.

Una carcajada salió de mi garganta y retomamos la clase con algo de retraso. Mi siguiente alumno tendría que esperar. Ya le explicaría al dueño de la autoescuela que habíamos tenido un percance que previamente me inventaría, motivo por el que nos habíamos demorado.

Gabriel mantuvo su mano apoyada en mi pierna en cada semáforo, y yo no pude decirle que no era lo correcto, pues lo que mi piel reclamaba era eso mismo.

¿Qué pasaría entre nosotros a partir de ese momento?

Bueno, eso solo lo sabría con el tiempo, pero lo que sí tenía claro es que no iba a dejar el nuevo empleo como había pensado. No, al menos hasta que Gabriel hubiese aprobado su examen de conducir y obtuviese su permiso de circulación. Después...

Ya veríamos después.